

El domingo 2 de febrero este año celebramos "La Presentación del Señor". En la Eucaristía de las 13,00h. tuvimos un pequeño recuerdo para "las personas mayores", con este motivo se leyó un breve texto que motivo la solicitud de su publicación en la "Hoja Parroquial", prometimos que antes de final de curso lo efectuaríamos. Con el curso casi finalizado procedemos a cumplir este compromiso.

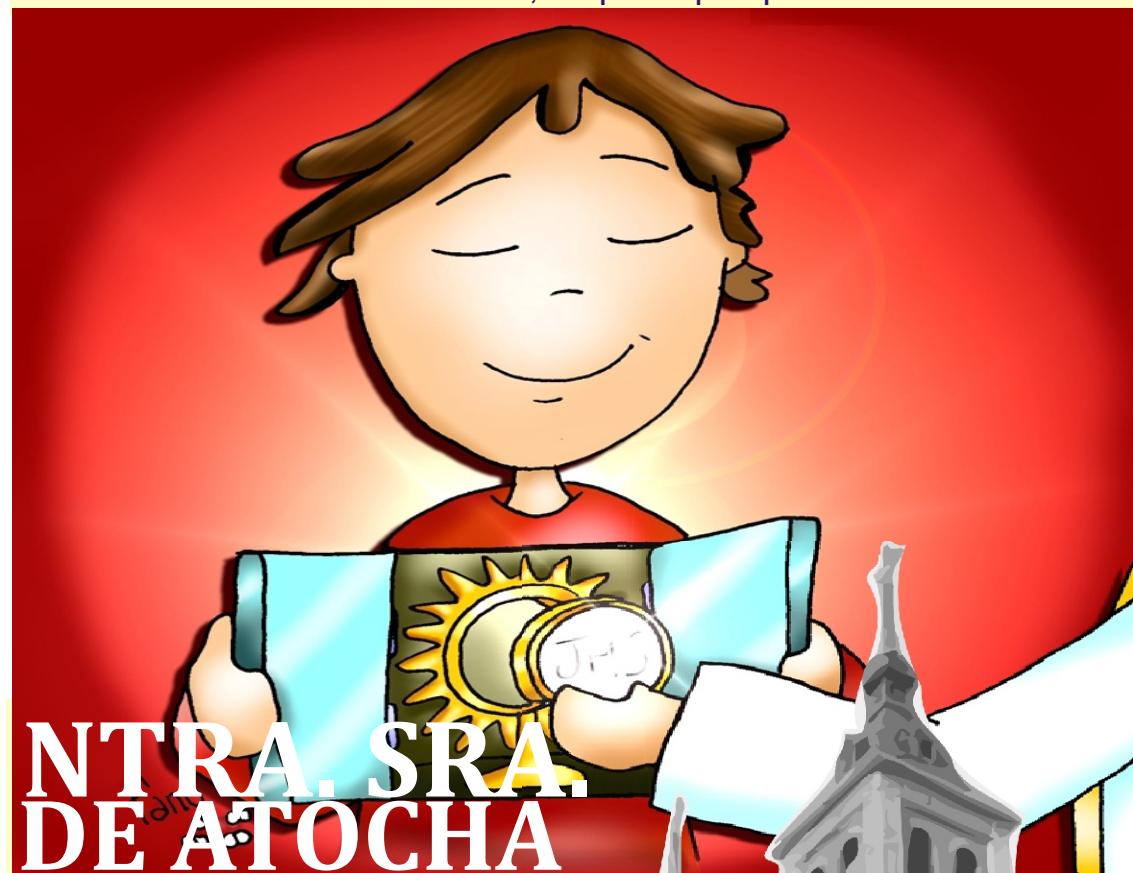
### La vejez de mi cuerpo

Yo te ofrezco Señor, la vejez de mi cuerpo  
mis músculos sin fuerzas, que sé que estoy perdiendo  
mis ojos ya sin brillo, mis torpes movimientos  
mis piernas ya cansadas, buscando siempre asiento  
mis brazos ya gastados, de tanto que sirvieron  
en ayudas y caricias, a tantos que acudieron.

Yo te ofrezco Señor, la nada de mi cuerpo  
que ayer fue ágil y fuerte, que fue joven y bello  
que pasó por la vida, con ruidos y silencio  
y ahora, en este lugar Señor, en que Tú me has puesto  
que sabes, que ya es mi mundo y mi tiempo  
te ofrezco la vejez de mi cuerpo.

\*\*\*\*\*

*La "Hoja Parroquial" quiere ser un sencillo servicio a la comunidad. El encontrar todos los domingos muchas abandonadas o rotas por la Basílica nos hace interrogarnos si es un servicio necesario. Puede que estemos equivocados. No olvidemos lo que tiene de esfuerzo humano y económico.*



**NTRA. SRA.  
DE ATOCHA**

**"Yo soy el pan  
vivo que ha  
bajado del cielo:  
el que come de  
este pan, vivirá  
para siempre"**

## CORPUS CHRISTI ( 22 de Junio 2014)

Nuestra vida humana está poblada de presencias, unas visibles y otras invisibles; unas cercanas y otras lejanas. Pero la presencia de Dios en nuestra vida histórica ha tomado cuerpo palpable y tangible en Jesús; se ha encarnado en una persona concreta, nacida en un tiempo y en un lugar determinado.

En un acto supremo de amor hacia nosotros, Jesús, el Hijo único de Dios, entregó su vida en la cruz; pero ha resucitado: y esa es la garantía de nuestra fe en su doctrina, en su persona y en su presencia viva entra nosotros en la celebración de la Eucaristía. Él, la noche en que iba a ser entregado, (segunda lectura), cenando con sus discípulos, tomó pan y se lo dio diciendo: “tomad y comed: esto es mi Cuerpo”. Y del mismo modo tomó el cáliz lleno del fruto de la vid y se lo dio a beber a sus discípulos diciendo: “bebed todos de él, esta es mi Sangre para la vida del mundo”. Y también les dijo: “haced esto en memoria mía”.

En este día recordamos el texto del Deuteronomio, (primera lectura), en que los israelitas comieron el maná: “...Él te alimentó con el maná..., para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”. Ello fue como un anticipo de nuestra comunión en el cuerpo de Cristo en la Eucaristía.

La participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, en celebración de la Eucaristía, es la garantía de nuestra incorporación a Cristo y a su comunidad-Iglesia: “Yo soy el pan vivo que hay bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre... El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él...” (Evangelio). La celebración de la Eucaristía es una garantía de resurrección. Por eso, la Eucaristía es la celebración de la vida.

Deuteronomio 8,2-4.14-16  
1ª Corintios 10, 16-17  
Juan 6, 51-59

Tarde o temprano a todos nos toca sufrir. Una enfermedad grave, un accidente inesperado, la muerte de un ser querido, desgracias y desgarros de todo tipo, nos obligan un día a tomar postura ante el sufrimiento. ¿Qué hacer?

Algunos se limitan a rebelarse. Es una actitud explicable: protestar, sublevarse ante el mal. Pero, por lo general, esta reacción intensifica todavía más el sufrimiento. La persona se crispa y exaspera. Es fácil terminar en el agotamiento y la desesperanza.

Otros se encierran en el aislamiento. Viven replegados sobre su dolor relacionándose sólo con sus penas. No se dejan consolar por nadie. No aceptan alivio alguno. Por ese camino la persona corre el riesgo de autodestruirse.

Otros adoptan la postura de víctimas y viven compadeciéndose de sí mismos. Necesitan mostrar sus penas a todo el mundo: “Mirad que desgraciado soy.” “Ved como me maltrata la vida.” Es una manera de manipular el sufrimiento, que nunca ayudará a la persona a madurar.

La actitud del creyente es diferente. El cristiano no ama el sufrimiento, no lo busca, no lo quiere ni para los demás ni para sí mismo. Siguiendo los pasos de Jesús, lucha con todas sus fuerzas para arrancarlo del corazón de su existencia. Pero, cuando es inevitable, sabe “llevar la cruz” en comunión con el Crucificado.

Esta aceptación del sufrimiento no consiste en doblegarnos ante el dolor porque es más fuerte que nosotros. Eso sería estoicismo o fatalismo, pero no actitud cristiana. No se trata tampoco de buscar explicaciones artificiosas considerándolo como un castigo, prueba o purificación que Dios nos envía. Dios no es ningún sádico que encuentra placer especial en vernos sufrir. Tampoco tiene por qué exigirlo, a pesar suyo, para que su honor o gloria queden satisfechos.

El cristiano ve en el sufrimiento una experiencia en la que, unido a Cristo, puede vivir su verdad más auténtica. El sufrimiento sigue siendo malo, pero precisamente por eso, se convierte en la experiencia más realista y honda para vivir la confianza en Dios y la comunión con los que sufren. Vivido así, la “cruz” del sufrimiento es lo más contrario al pecado. ¿Por qué? Pecar es buscar la propia felicidad rompiendo con Dios y los demás. “Llevar la cruz del dolor” en comunión con el Crucificado es lo contrario, pues es abrirse al Padre y unirse a los hermanos, en la ausencia de felicidad.

¿Qué hacer ante el dolor?